

(Viene de la pág. 74)

W. H. Auden ha muerto

El 30 de septiembre moría en Viena, a los sesenta y seis años de edad, una de las primeras figuras de la lírica en lengua inglesa de este siglo, Wystan Hugh Auden. Nacido en York, Inglaterra, en el seno de una familia acomodada, Auden realiza estudios superiores en el Christ Church College de Oxford, donde hace amistad con unos pocos poetas jóvenes como él, MacNeice, Spender, Isherwood y Day Lewis. Juntos forman un grupo, del que Auden se convierte en cabeza visible y al que dará nombre. Auden publica su primer libro, «Poemas», en 1930, en edición privada, que costea su amigo Spender. Son los años de la gran depresión. Hace ya algún tiempo que Gran Bretaña despertó de su sueño colonial. Los miembros del «grupo Auden» reflejan en sus poemas de entonces la miseria social de las clases trabajadoras, al tiempo que satirizan la ceguera de la aristocracia, que parece no darse cuenta de lo que ocurre a su alrededor. Terminados sus estudios en Oxford,



Auden viaja a Berlín, donde sufre la doble influencia de Freud y Brecht. Por aquel entonces el poeta contrae también matrimonio con la hija de Thomas Mann, Erika, con el único objeto, al parecer, de facilitarle un pasaporte británico. El matrimonio dura, en efecto, poco tiempo.

Influido, como hemos dicho, por el psicoanálisis y el marxismo, Auden continúa escribiendo poemas comprometidos (el poeta debe tener algo de periodista, comentará), así como dramas sociales en colaboración con Isherwood.

Cuando estalla la guerra civil española, Auden se alista, al igual que Spender y MacNeice, en las brigadas internacionales. De entonces data su gran poema lacónicamente titulado «Spain». Ese mismo año visita Islandia en compañía de MacNeice. Juntos escribirán «Letters from Island» («Cartas de Islandia»). Tras un breve viaje a China, Auden se traslada, en 1939, definitivamente a los Estados Unidos, cuya nacionalidad obtendrá en 1944.

A raíz del establecimiento del poeta en Estados Unidos, las preocupaciones sociales y políticas de su primera época van dejando paso a otras de tipo religioso, al tiempo que su obra se vuelve más abstracta. Esta evolución, que obedece, sobre todo, a la influencia de Kierkegaard se refleja de manera especial en «The Age of Anxiety» (1948), que le valió el Premio Pulitzer, y culminará en su conversión al anglicanismo.

Las obras posteriores de Auden, y en especial «The Shield of Achilles» («El escudo de Aquiles»), de 1955, y «Homage to Clio» («Homenaje a Clio»), de 1960, constituyen una fértil combinación de inventiva, erudición, sentido del ritmo y riqueza simbólica.

A lo largo de toda su obra, W. H. Auden se nos muestra como un lírico más didáctico que sensual, como un moralista preocupado, ante todo, por el orden. Estética y moral son los dos polos entre los que oscila su poesía, y el reconocimiento de la imposibilidad de conciliarlas confiere a algunos de sus mejores poemas un gran patetismo.

Se observan en la poesía de Auden las más dispares influencias, desde los clásicos lati-

nos y griegos hasta Eliot, Yeats y Brecht, pasando por la balada inglesa y las rimas infantiles.

Por la variedad de sus temas y la evolución constante de su modo de hacer, ha sido Auden uno de los poetas que más han inspirado a las jóvenes generaciones de lengua inglesa. ■ JOAQUIN RABAGO.



Una postura regresiva ante la Historia

Se supone, en principio, que cuando un autor decide tomar una obra preexistente para sobre ella dar su punto de vista, recrearla de alguna manera, se debe o a un entusiasmo por el texto original, o a un deseo de ir más allá de lo que éste ofrecía. Ignoro cuál de las dos alternativas —o las dos juntas, pueden ser complementarias— motivó a Ionesco el elegir el «Macbett» shakespeariano. Pero a la vista de los resultados creo que debería haber dejado tranquila la genial tragedia, dedicándose a seguir con su propia producción. Digo esto no en nombre de cualquier tipo de arqueologismo, ni de creer atropellada la memoria del dramaturgo inglés, sino simplemente porque su «Macbett» me parece un profundo error de concepción, una humorada de poco peso en torno a unos personajes de alta dimensión escénica, que —en último término— ha conducido a términos reaccionarios, lo que en Shakespeare no lo era de ninguna forma.

Más allá de notables variaciones argumentales (como la identificación aparente entre Lady Duncan y su «azafa-



«Macbett», de Ionesco, estrenado en el María Guerrero.

ta» con las brujas que prevén el destino, o la desaparición del personaje de Lady Macbett, o que Macol, hijo de Duncan, cierra la obra; o bastantes más, que serían largo enumerar), es la reflexión sobre el poder lo que distancia esencialmente a Ionesco de Shakespeare. Según el primero, Duncan era también un tirano caprichoso, como lo es después Macbett y promete ser, en términos superlativos, Macol. Entonces, lo que era en inglés tragedia en torno a la ambición de poder —con Duncan como soberano apreciado y su hijo como promesa de mayor justicia—, se convierte en Ionesco en postura fatalista en torno a dicho poder. En otras palabras: para el autor rumano, todo poder lleva aparejados automáticamente la tiranía, la corrupción, la explotación de los súbditos. Consideración que en la obra queda elevada a categoría general, a conclusión definitiva, que creo no puede tomarse precisamente como ejemplo de postura regresiva ante la Historia.

Por otro lado, sólo algunas utilidades del lenguaje revelan que es Ionesco quien ha escrito el texto. Hace bien el adaptador, Francisco Nieva, en recordar el «astracán nacional» y Don Mendo en la nota del programa de mano. No estamos demasiado lejos de Muñoz Seca, ni de un humorismo enormemente fácil que nada aporta más allá de ciertos —muy pocos— momentos divertidos. Si

toda la primera parte de la obra se dedica a ambientar lo que en el texto shakespeariano es sólo la escena inicial, en la segunda, Ionesco corre vertiginosamente para integrar a su manera el resto. Cabría efectuar un análisis al margen de lo escrito por Shakespeare, cierto, pero es que entonces la obra aún presenta menos aliciente, al estar fundamentada en un nivel paralelo al original, del que se quiere no sé si su parodia o su desmitificación. Dominando abiertamente lo primero a través de las larguísima dos horas y media que dura el espectáculo.

Si «Macbett» es muestra de la producción reciente ionescuiana, vale como ejemplo de la notable decadencia de su autor, de la que no se eleva como fracaso único. No sería ya una novedad por mi parte decir que si Ionesco es un autor fundamental para entender la evolución contemporánea del teatro, su papel hoy va quedando reducido al de un antiguo innovador —valga la paradoja— que se ha visto rebasado por la propia dinámica escénica, respuesta a una dinámica social que está por encima de ella. «La cantante calva» o «Las sillas» no dejan de ser textos esenciales de los últimos treinta años, pero pasada la década de los cincuenta, en que el «teatro del absurdo» poseía unas razones concretas de existencia, una innegable dimensión de ruptura, parece que Ionesco se ha quedado

muy atrás, igual que la circunstancia cronológica que le envolvía.

La representación del María Guerrero estuvo plenamente dominada por la personalidad de Francisco Nieva, quien, además de la adaptación, ha realizado la escenografía, y, sin duda, inspirado muy de cerca los figurines de Elisa Ruiz. Incluso el director, José María Morera, parece haberse subordinado al barroquismo expresionista, lindante con el surrealismo, de Nieva. Que aunque ya conocido, significa el único aliciente de la función. ■ RAMON VALLE. Foto: R. RODRIGUEZ.

José Luis Gómez y Peter Handke, en el Capsa de Barcelona

Cuando un actor alcanza el grado de expresividad que ha llegado a adquirir José Luis Gómez, el espectador lucha entre el convencimiento y el rechazo. Y sobre todo si el actor, como es el caso de José Luis Gómez, utiliza el marco escénico como amplificador de las ideas que transmite. Parecería obvio insistir sobre su agilidad y su inteligencia y no se trata ahora de elogiar una labor de actor ya conocida y elogiada, pero sí que vale la pena recordar que José Luis Gómez es un actor atípico en nuestras latitudes. Y en un momento